

## Donde retumba el agua | Metaloides

Fuentesal&Arenillas, Christian Lagata, Cristina Mejias y una instalación site-specific de Esther Gatón

Textos de Javier Chozas y Cristina Herraiz Peleteiro

Cuenta Peter Sloterdijk en *Espumas* que somos unidades aisladas que transitan un caldo de cultivo alegre y nervioso. Protegidos en nuestra burbuja, nos desplazamos flotando en un universo ligero y dinámico en el que nos detenemos al frotarnos con otros. A veces el azar nos engarza con otras burbujas, que parecen tener una dirección similar a la nuestra, y la masa flotante crece creando inercia, haciéndose visible. Los artistas de *Por donde retumba el agua* son burbujas afines que transitan el espacio de la creación flotando de una forma sincrónica y consciente. Las ecuaciones que delimitan sus procesos de investigación describen trayectorias armónicas y compatibles en un escenario global en el que el bramido del retumbar de las cascadas es atronador.

De estas trayectorias, quizás la de la obra de Cristina Mejías sea la más precisa, describiendo siluetas en su camino dibujadas con un escalpelo sobre una materia sintiente, un espacio humano y emotivo al que su obra se acerca desde disciplinas como la historia, la antropología o la mitología. La precisión de sus obras contrasta con el espacio especulativo al que nos llevan, bombas de espuma que explotan al acercarnos dejándonos felizmente perdidos, sin necesidad de huir. La obra de Cristina nos invita a mirar al dedo viejo que señala, a la estrella lejana, al movimiento de un brazo que baila.

Esta misma especulación riega el espacio creativo de Christian Lagata, que como buen *flâneur* y *bricoleur*, recorre como una burbuja inquieta las calles dejándose impregnar de acentos, de azares, que terminan confluyendo en el nodo de fuerza que es su estudio. Uno se pregunta cuantas combinaciones de materiales, cuantos encuentros fructíferos el azar o las circunstancias no han querido dejar prosperar y han quedado suspendidos en alguna esquina o una noche como frases sin acabar, lazos sin terminar. En la obra de Christian las espumas transitan pegadas al suelo, en los cauces de ríos y las alcantarillas, saltan cascadas, a veces se apartan para mirar... y nunca se detienen.

Por último, hay una espuma, la del mar y la cerveza, que es incontrolable, impredecible, como la práctica de Fuentesal y Arenillas. Julia y Pablo construyen, modifican, rehacen y proponen desde el estudio un universo de juegos complejos que nos seducen y que son como los dibujos en la playa: trazos nitidos que desaparecen muy rápido y que únicamente dejan detrás un rastro, una leve prueba de que en el fondo todo es un juego. Dos artistas que se hablan y se juegan a la cara construyendo garabatos llenos de anécdotas que se superponen, creando sistemas, nebulosas de lápiz Alpine como las que hacíamos de pequeños y las que solo unos pocos son capaces de hacer de mayores.

Llega el agua a la roca y solo la espuma la salta para seguir río abajo.

Javier Chozas

## Donde retumba el agua | Metaloides

Fuentesal&Arenillas, Christian Lagata, Cristina Mejias y una instalación site-specific de Esther Gatón

Sobre 'Adrenaline Querubín' de Esther Gatón (2020)

Cuando H. G. Wells publica en 1895 su novela 'La Máquina del Tiempo', el texto es clasificado como literatura de ciencia ficción. Pura especulación, fantasía; nadie puede suponer que tal artificio llegue a existir, la posibilidad de navegar entre dimensiones temporales y espaciales. Sin embargo, tan solo diez años más tarde, Albert Einstein presenta su teoría de la relatividad abriendo la posibilidad real de esta experiencia al exponer el excepcional comportamiento de los cuerpos fuera de fuerzas gravitatorias y unificando los conceptos de espacio y tiempo. Esta teoría radical provoca el estallido de una época que se termina, inaugurando posibilidades de exterminio masivo, pero también favoreciendo un pensamiento especulativo que agrietaría la anquilosada realidad de principios de siglo.

Estas 'máquinas' del tiempo serían, por tanto, espacios de excepción, de fantasía, donde accedemos a un lugar otro en el que (casi) todo es posible. La intervención de Esther Gatón, a modo de máquina del tiempo disfuncional, nos plantea un recorrido que comienza en forma - envolvente, aislante, el no-lugar-para llegar a velocidad, a través de un proceso plástico intuitivo y caleidoscópico, en un equilibrio que se extiende entre la contención y el viaje. La gravitación bombea y se diluye al entrar en la habitación.

Intuimos gestos y accidentes navegando lenguajes no siempre discernibles, mientras tratamos de trazarlos con la mirada torcida, girando a diferentes alturas, como en un mapa que hemos de desvelar. Sin embargo, perdemos el sentido del espacio, nos dejamos envolver y solo llegamos a reconocer la maquinaria por esos cables, luces, enchufes que sugieren lo funcional de una experiencia que estalla y envuelve a partes iguales. Habitamos un vacío que deja de ser tal, para acogernos, sumergidos en reminiscencias y tipos de temporalidad difíciles de clasificar, mientras, entre las capas, se disipa una memoria que permanece.

¿Son los espacios vacíos, como dijo Marcuse, lugares a los que acceder y, finalmente, pensar en lo que vamos a hacer?<sup>1</sup> ¿Acaso se nos está proponiendo que especulemos sobre lo que no llega a estar enunciado? ¿Es posible imaginar lo que no se ha dicho?

Esther Gatón plantea una mirada atenta a una velocidad fulgurante que nos absorbe, como celebración de la vida pura en desmoronamiento, nos remueve y, por último, nos expulsa o nos acuna, según lo encontramos en ella. Esta temporalidad, esta dimensión detenida, nos exige que nos cuestionemos quién tiene acceso a estos espacios, también, qué subjetividades son acogidas.

Será, por tanto, esa épica inescapable de la pintura como técnica y formato decimonónico la que nos enfrenta a diferentes fuerzas, centrífugas y centrípetas, dejándonos en el medio, cuestionándonos una experiencia que contiene intención y accidente, magia y desgarrar, pretendiendo burlar y/o cuestionar las dinámicas de poder vertidas sobre la mirada del espectador a través de un recorrido no objetual del espacio.

Nos encontramos absortos, en un espacio mutable, que busca ser un estallido, pero, sobre todo, un germen, creando un escenario que engulle, permitiendo cavilaciones, vibraciones e incluso festines.

<sup>1</sup> Herbert Marcuse, "An Essay on Liberation," 1969.